

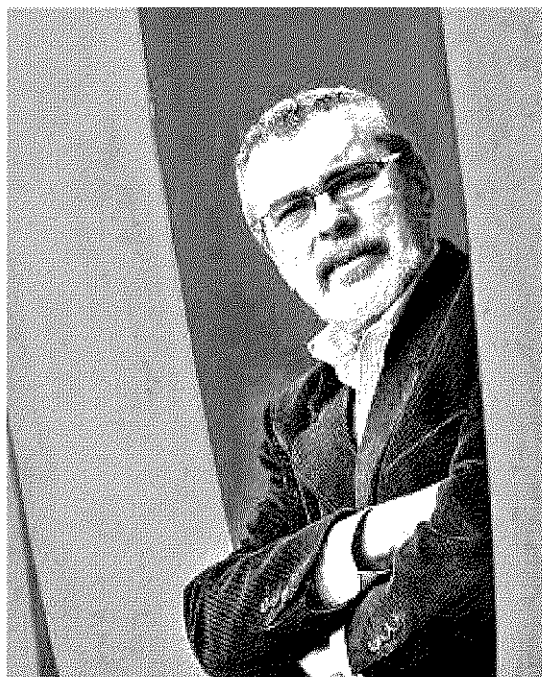
Larra, patriota y romántico hasta las últimas consecuencias

Una biografía relata el intenso y comprometido itinerario vital y literario del escritor

MANUEL DE LA FUENTE

MADRID. Poeta, novelista, dramaturgo, comprometido militante romántico y periodista hasta las entrañas, Mariano José de Larra es uno de los nombres más propios de nuestra literatura del siglo XIX, una centuria marcada por el llamado problema de España, por la pugna entre modernidad y atraso, por las luchas fratricidas entre liberales y carlistas, por las asonadas y por los clarines del miedo atronando en cada esquina y la pobreza campando a sus anchas por pueblos y ciudades.

A pesar de su juventud y su temprana y trágica muerte, Larra nunca tuvo pelos en la lengua, ni mucho menos en la pluma, y puso el dedo en casi todas las llagas y las más desoladoras heridas de la sociedad española de su época. En apenas un mes y medio, el 24 de marzo, se cumplirán doscientos años de su nacimiento en aquel Madrid de tertulias y cafés, pero igualmente aquella Villa y también Corte, donde aún las inmundicias se echaban a la calle desde los balcones al grito de «¡agua va!», y donde animales y personas convivían en las calles y plazuelas. Al oportuno hilo de este bicentenario, uno de sus descendientes, Jesús Miranda de Larra, ha trazado de forma exhaustiva y detallada los pormenores de la vida y la obra del escritor en «Larra. Biografía de un hombre desesperado» (coeditado por Aguilar y la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales), un intenso libro, acompañado de manuscritos inéditos, completa bibliografía, ideario y fraseología, itinerario por los



Jesús Miranda de Larra, ayer en Madrid

FRANZISCO SECO

Madriles, así como índice onomástico y de publicaciones.

«En casa —recuerda Miranda de Larra— supimos de nuestro antepasado a través de nues-

«Mi abuelo nos decía que Larra era muy español, que había dado su vida por España», señala Miranda de Larra

tro abuelo, Fernando José de Larra, novelista y poeta, y autor de una biografía apasionada de don Mariano José. Mi abuelo, sobre todo, siempre nos decía que Larra era muy español, que había dado su vida por España, aunque otras circunstancias también le llevaron a su decisión fatal. Era un recuerdo íntimo, sólo en el círculo familiar; porque en esos años, últimos 50 y primeros 60, el franquismo era férreo y no se podía hablar abiertamente de un hombre que ha-

bía sido un suicida y un auténtico rebelde, un incomprendido».

Incomprendido entonces, la «década ominosa» de Fernando VII y la regencia de María Cristina, todavía ciertamente desconocido ahora, dos siglos después. «Larra es muy popular —explica Miranda de Larra— en el sentido de su trágica muerte y en el del “vuelva usted mañana”, pero no en un sentido profundo. No puede ser entendido sin situarle en su tiempo, en su paisaje histórico, cuando España vive el drama de la lucha entre la vuelta al absolutismo y la oscuridad o caminar hacia el progreso y las libertades».

Periodista hasta la médula

Larra escribió poesía, novela («El doncel de don Enrique el Doliente»), teatro (como «El conde Fernán González y la exención de Castilla»), uno de los primeros dramas históricos de la escena romántica española, pero fue sobre todo su trabajo como periodista (bajo seudónimos como «Figaro», «Duende», «El pobrecito hablador») el que le dio fama, no tanto dinero. «Por encima de todo, Mariano José de Larra fue periodista. Creía en el artículo como la mejor forma de dar a conocer sus ideas y llegar a sus paisanos. En aquel tiempo, en un Madrid de 200.000 habitantes y un 80 por ciento de analfabetismo, existían, sin embargo, 18 periódicos. Para Larra, el artículo era una diligencia, y el libro un lento carronato. Era un periodista que quería denunciar la situación de incultura y oscurantismo de España, y lo hizo con la sombra de la censura en la espalda, lo que le obligaba a escribir de una forma satírica, con el humor como coraza».

Patriota en cada uno de sus actos, convencido militante romántico, Larra, tal como subraya Jesús Miranda, era «un hombre de pensamiento ilustrado, cartesiano y metódico, que en un momento determinado se encontró totalmente solo, política y afectivamente, sin poder llevar adelante ninguna de sus aspiraciones, abandonado por sus camaradas radicales que le reprochaban haberse pasado a los liberales moderados, sin poder ejercer como diputado, y presa del desamor. Como dijo Antonio Machado, su suicidio fue un acto de madurez y reflexión, algo que tenía más que pensado desde meses atrás». Al final, a don Mariano José de Larra, una de las dos Españas (o las dos) le dejó helado el corazón.